

ALAMÓN POR ALAMÓN

Wilson Javier Cardozo

El apasionamiento de Gustavo Alamón se transmite hasta en lo más mínimo de sus comentarios sobre cuánto hay de su época en su obra, cuánta base histórica y social como insumo y nutriente de su labor artística. Aquí una brevíssima síntesis en primera persona elaborada con base en los diálogos que mantuviéramos previo a la edición del libro Alamón. El artista y su circunstancia (abrelabios, 2014).

Wilson Javier Cardozo

Si pretendiera una síntesis de los aspectos de mi peripecia vital que incidieron en mi pensamiento y obra, destacaría lo siguiente:

Nací en enero de 1935, seis días antes de que se iniciara un movimiento revolucionario para derrocar al dictador Gabriel Terra. Para desgracia de tan noble causa, ese mismo día el equipo uruguayo conquistó el campeonato sudamericano y el pueblo (en lugar de acompañar los contingentes armados para derrocar al dictador) salió a festejar el triunfo deportivo, dando oportunidad a las fuerzas gobernantes de aplastar a los insurgentes. Así lo cuentan quienes participaron de aquellos hechos históricos. Al año siguiente, estalló la Guerra Civil española que significó torturas, persecuciones y exilio, cuando no muertes, para miles de patriotas; algunos de aquellos exiliados españoles se radicaron en nuestro país. Tres años de sufrimiento, angustia, dolor e impotencia costó aquella guerra, preludio de una prolongada, y no menos dolorosa, dictadura.

Ya tenía cuatro años cuando, luego de la española, estalló la Segunda Guerra Mundial; la locura demencial de un individuo que provocó uno de los conflictos más desgarrantes y aterradores: la muerte de 50 millones de personas (un porcentaje muy elevado por la propia contienda bélica), 6 millones de judíos, 700 mil gitanos y 600 mil negros por el sencillo hecho de ser judíos, gitanos o negros. Sólo la mente de un leproso moral puede llevar adelante semejante barbarie. Seis años más tarde, cuando esa locura terminó, yo estaba en clase e integré la espontánea manifestación (la primera de mi vida) que partió desde el local escolar celebrando el final de la guerra. “Nunca más”, pensaba yo. Iluso pensamiento, acaso por mi escasa edad. Después siguieron, en un lapso de sesenta años, la guerra de Corea, la de Vietnam, la del Golfo, Yugoslavia, Irán, Las Malvinas, el apartheid de Sudáfrica, Angola, Congo, Sudán, Medio Oriente, Afganistán...

Los dirigentes del mundo no habían aprendido nada. ¿Y el arte? ¿Qué había pasado con los artistas plásticos mientras tanto? ¿Habían ofrecido alguna respuesta a la sistemática destrucción de la condición humana? ¿O se habían replegado esperando tiempos mejores, en actitud cómplice, por temor, o procurado beneficios de obras sin contenido que tuvieran mejores oportunidades de conquista de los mercados de quienes ostentaban el poder?

Ese fue el clima espiritual dominante en mi juventud, creando un ambiente propicio para que el conflicto entre las inquietudes naturales del hombre y lo convencional plasmase en varias formas de comportamiento. Muchos extrajeron su energía característica de las fuerzas en actividad en la década del 60; eran tiempos cuyos incentivos más poderosos, en procura de una renovación de valores, se hallaban en oposición a las ideas e instituciones vigentes. Uno de los referentes de la época fue la Revolución cubana, surgida como símbolo de lucha contra el Imperio, a favor de la libertad económica y la realización humana. Todo eso llevó a que, desde mi temprana juventud, intentara elevar mi nivel cultural y adquiriera libros, fundamentalmente ensayos sobre política y filosofía. Era la época del auge de la literatura latinoamericana: Onetti, García Márquez, Vargas Llosa, Rulfo, Cortázar, etc. Surgieron nuestros cantautores con mucha fuerza: Zitarrosa, los Olimareños, Carbajal, Numa Moraes, Darnauchans, Larbanos-Carrero... Me interesé por las artes plásticas como consecuencia de la importante presencia de xilografistas que hacían posible la adquisición de sus obras de arte a bajo costo. Surgió la Feria del Libro de Nancy Baceo (libros, grabados, artesanías y canto popular) como uno de los acontecimientos culturales más importantes de la época. Sucedió también la instalación y consolidación de galerías de arte, salones nacionales y municipales de arte, la presencia en la calle de la Escuela Nacional de Bellas Artes, los conciertos dominicales gratuitos de la Orquesta Sinfónica en el Teatro Solís. Avizorábamos amplias posibilidades de progreso como consecuencia de la presencia del pueblo en la calle. Viví y participé de la vorágine de esos movimientos, que se sumaban al ejemplo de mi padre, modesto trabajador municipal y gremialista que sostenía que se debía andar erguido, que era inconcebible una vida de otra forma. Esa convicción marcó definitivamente mi vida y obra. Como artista plástico, mi postura mental (exaltada y condicionada

por mis múltiples vivencias) fue sintiendo la necesidad de elevarse hasta centrar su atención en el problema más universal de la libertad social.

Del producto de aquellas reflexiones fui conformando la noción de un mundo ideal; pero, al ser cambiante el mundo real, las ideas también fueron variando para enfrentar los nuevos desafíos que aquella mutación exigía. Todo está sometido a un permanente cambio, pero lo único que permanece inalterable es el hombre, aunque el poder siempre haya intentando (y continúe haciéndolo) cambiar. No importa qué tipo de poder es el que se avecine, siempre estará latente ese peligro, el deseo de dominio de unos sobre otros; y eso exige la toma de conciencia del estado de alerta al que debe estar expuesto el hombre. Esa ha sido siempre, sin duda, una de mis mayores preocupaciones y angustias existenciales, como artista, como educador, como militante de la cultura, como ciudadano. Sentía en mí una fuerza creadora y sabía que contra ella habría de estrellarse toda opinión que intentara detener o negar su validez. Estaba creando una obra a partir de una necesidad interior, a imagen de mi voluntad y con el contenido de mi conciencia, producto de una profunda angustia existencial y la fuerza de mi voluntad de dar forma a esos contenidos.

Mi vida como bombero merece una pequeña digresión

Cometes un error, cuando te entrevistan, en mencionar tu trabajo como Oficial del Cuerpo de Bomberos durante tu juventud, haber sido milico no te va a prestigiar como artista; por el contrario, te desmerece. En muchas oportunidades recibí esta advertencia, de parte de colegas amigos, con la sana intención de que no cometiera un yerro que quitara trascendencia a mi vida profesional como trabajador del arte. Comprendo que para muchos pintores ese tipo de trabajo pueda perjudicarles para su aceptación como trabajadores de la cultura; es probable que en algunos círculos sociales eso suceda y esos prejuicios les ocasionen disminución o pérdida de venta de muchas de sus obras, o incluso resten seriedad a los productos de su trabajo. Todo eso puede ocurrir. Pero no sería justo que ignorara no sólo lo que fue mi trabajo durante buena parte de mi vida, sino cuánto significó para mi formación como ser humano. Las experiencias vitales que me aportó ese período laboral como bombero, mi relación con el otro, el convencimiento de que las verdades son muchas y lejanas, que lo importante en la relación humana es la tolerancia para con el pensamiento ajeno, saber escuchar e informarse muy bien para tener el derecho a disentir, escudriñar en la historia de manera tal que nos permita comprender la existencia humana para no recaer en errores que ya ocasionaron prejuicios; todo ello, en suma, constituye ni más ni menos que el nervio motor de mi producción artística.

En Uruguay, en las últimas décadas del siglo XX y a influjo de lo que ocurría en Europa y EEUU, conducidos por falsos mesías del arte, el trabajo de nuestros creadores se volcó alocadamente a repetir las experiencias del “primer mundo”, como si se tratara de vanguardias del arte contemporáneo. Así se olvidó que el auténtico arte está en las entrañas mismas de nuestras experiencias y no en la frivolidad de un producto donde la vanidad sustituye al contenido. Y se confió en que quien invente algo nuevo quedará en la historia, suponiendo que los críticos, directores o curadores (pseudas autoridades del arte universal) han de otorgar, junto a sus aplausos, un lugar en la inmortalidad. Así, muchos han sido influenciados por la nueva moda de hacer arte sin necesidad de aprender un oficio ni de profundizar en su auténtico sentido. Considero que el artista debe expresar, más que su yo, la vida. Y la vida que expresa el gran arte es, sin lugar a dudas, la de la colectividad; dota al grupo de conciencia de su unidad, de su comunidad. No es otra cosa que un intermediario entre la conciencia individual y el inconsciente colectivo que provoca la reintegración social. Siempre he sostenido que el trabajo creador se nutre de las angustias existenciales de quien lo produce mediante una experiencia dolorosa en la cual el artista escudriña no sólo en la conciencia humana de la conducta y el pensamiento convencionales de su grupo sino también de su propio yo.

Yo soy un pintor del ideal que propugna un progreso pacífico hacia la concreción de un estado de dignidad, libertad, respeto a las divergencias y a los derechos humanos. Mi trabajo creativo surge de una profunda voluntad de plasmar mi mensaje como un grito de alerta hasta los últimos espacios del poder y del entendimiento humanos, donde ellos estén, sin concesiones. Cuando pinto intento dar visibilidad a fantasmas invisibles. Pero en el proceso de su materialización debo poner en práctica cierta habilidad para que la dura realidad del robot que plasmo no sea repelida. Por eso procuro dotarlo de cierta perfección, de proporciones armónicas y encanto que, en cierta medida, es la única preocupación de su vacía personalidad. Su aspecto exterior debe estar recubierto con la mayor exquisitez de la moda, con las marcas más conocidas y famosas, con adornos muy caros, porque en definitiva eso disimula su vacío interior, claramente visible en mi obra. Mi preocupación siempre ha sido la forma de comunicar esa presencia a nuestro lado, porque si bien es importante el mensaje de una obra, con frecuencia se olvida que, en arte, lo que en definitiva importa es el modo.

Siempre he sido plenamente consciente de que no sería fácil el acceso al éxito para mi obra, desde que reflexiona sobre el mundo que nos tocó vivir, las actitudes y comportamientos de las personas con quienes convivimos. Así como también soy consciente de que el éxito es, para muchos de mis colegas, su objetivo prioritario; cosa que no



Autopsia (óleo; cm. 73 × 93)



Poder globalizado (collage, cm. 75 × 100)



Servidores (collage; cm. 70 × 93)



Los que mueven los pielines (óleo; cm. 100 × 130); Premio INCA, obra reproducida en el Almanaque Premio Nacional de Pintura 1985 de INCA



Sala de juegos (óleo sobre tela; cm. 129 × 173)

está mal, en la medida que sus obras dejen un fuerte contenido humano como aporte a las nuevas generaciones. Pero como, a mi entender, el arte tiene como nutriente fundamental lo vivencial, nadie puede aportar un contenido trascendental a su obra si no es como fruto de su propia experiencia; es ella la que, una vez pasada por el filtro de nuestra inteligencia, se transforma en algo tan simple y necesario como la sensibilidad, un producto que no se adquiere en farmacias o supermercados. ☒

Wilson Javier Cardozo (Tacuarembó, 1965). Gestor cultural y periodista uruguayo. Premiado en diversos concursos de proyectos culturales, en ámbitos universitarios como a nivel nacional y departamental. Ha publicado reseñas, investigaciones y entrevistas en diarios y revistas uruguayas y en publicaciones electrónicas brasileñas, venezolanas, mexicanas y españolas (*Verbo 21, Jornal de Poesía, Letralia, Opinatio, Archipiélago* y *Más Educativa*, entre otras) y ha prologado libros de narrativa y de poesía. Integró el equipo de producción de la colección *Arte Uruguayo Contemporáneo* que, en soporte multimedia, recogió obra e información crítica complementaria de un selecto grupo de plásticos y poetas nacionales. Coautor de *Alamón. El artista y su circunstancia* (abrelabios, 2014).



No (óleo sobre tela; cm. 130 × 180); expuesta en la XVII Bienal de San Pablo, Brasil, 1983